

NEW LEFT REVIEW 84

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

LENA LAVINAS	La asistencia social en el siglo XXI	7
GABRIEL PITERBERG	Sobre el euroсионismo	49

ENTREVISTA

OUSMANE SIDIBE	La crisis de Malí vista desde dentro	74
----------------	--------------------------------------	----

ARTÍCULOS

KRISTIN SURAK	<i>Gastarbeiter</i> : una taxonomía	93
FRANCO MORETTI	«Operacionalizar»	115
VALERY PODOROGA	Los planes de Dostoyevski	133

CRÍTICA

JAN BREMAN	Un concepto espurio	143
EMILIE BICKERTON	Planeta Malaquais	153
TOM MERTENS	El <i>crash</i> de 1837	169

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

CRÍTICA

Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury Academic, 2011, 198 pp.

JAN BREMAN

UN CONCEPTO ESPURIO

Hasta la década de 1970, la idea de que todos los países seguirían los pasos de Occidente era inherente al paradigma dominante del desarrollo. Por medio de la industrialización y la urbanización el «mundo subdesarrollado» repetiría la experiencia de las economías avanzadas en el siglo XIX: crecimiento del empleo en la industria, aumento de los niveles de vida y consumo de masas. Si por el momento no había demasiados empleos industriales disponibles para los migrantes sin tierra que empezaron a inundar las ciudades de América Latina, África, el subcontinente indio y el sudeste de Asia, donde la reforma agraria había sido insignificante, la opinión generalizada era que la propia vida urbana les ayudaría en su búsqueda de empleo. Por el momento tenían que arreglárselas con cualquier clase de trabajo mal remunerado al que tuvieran acceso, como asalariados o trabajadores por su cuenta, y vivir en improvisados refugios en la afueras de las ciudades o en terrenos vacíos. Desde esta perspectiva, el floreciente sector informal se considera en un primer momento como una zona de tránsito, un amortiguador que desaparecería a medida que la mano de obra se fuera incorporando a las dinámicas de la industrialización en una economía formal en crecimiento. Esta movilidad social ascendente, sin embargo, resultó ser bastante inusual y millones de trabajadores se quedaron atascados en la economía informal que habían contribuido a construir, o pasaron a desplazarse entre las zonas hiperdegradadas de la periferia urbana y las empobrecidas zonas rurales del interior, formando un inmenso estrato de mano de obra precaria.

Ahora, parece que es Occidente el que sigue los pasos de todos los demás en lo que se refiere a la creciente inseguridad de las condiciones de trabajo. Los prolongados episodios de elevado desempleo, las privatizaciones y los recortes del sector público que han acompañado a cada una de las recesiones que se han producido desde la década de 1970, han servido para debilitar la posición de los trabajadores en América del Norte, Europa y Japón; los movimientos sindicales quedaron debilitados por la contracción de la mano de obra industrial, producto del traslado de las fábricas o la robotización, y por el crecimiento de los sectores de servicios y de venta al por menor no sindicalizados; el ascenso de China, la entrada en la fuerza de trabajo mundial de cientos de millones de trabajadores mal pagados y la globalización del comercio ayudaron a reducir más los salarios y a empeorar las condiciones de trabajo. El trabajo a tiempo parcial y los contratos de corta duración han aumentado junto a la ambigua categoría del empleo por cuenta propia. Ha surgido una extensa literatura en torno al tema del trabajo informal y precario en las economías avanzadas. Sin embargo, podemos preguntarnos qué relación tiene esto con la situación de los trabajadores fuera de la OCDE, donde se encuentra la inmensa mayoría de la humanidad. ¿Es posible generalizar sobre tendencias globales, o las economías específicas necesitan ser examinadas comparativamente? ¿Cuáles son las implicaciones políticas de los cambiantes modelos de la fuerza de trabajo? ¿Estamos de hecho hablando de un fenómeno nuevo?

Guy Standing, un economista que ha trabajado en la Organización Internacional del Trabajo desde 1975 hasta 2006, debería estar bien situado para abordar estas cuestiones. Aunque sus trabajos más recientes se han centrado mayoritariamente en la situación del trabajo en el mundo occidental, está familiarizado con la naturaleza precaria del trabajo y de la vida de la mayoría de la gente en el Sur global; durante muchas décadas ha participado en seminarios y conferencias internacionales en las que se ha discutido la vulnerabilidad de los trabajadores en el sector informal de la economía. En 1978 su primera publicación con la OIT fue un tratado académico sobre la tasa de actividad en países de renta baja, al que siguieron varios estudios sobre la fuerza de trabajo en Jamaica, Guayana, Malasia, Tailandia y otros lugares. A mediados de la década de 1980, Standing fue el responsable de una serie de análisis de la OIT sobre la «flexibilidad» del mercado de trabajo en los países de la OCDE que adoptaban una posición escéptica sobre las panaceas neoliberales aunque aceptaban que las economías capitalistas habían entrado en una nueva era marcada por el desempleo y las crisis fiscales. A principios de la década de 1990 su atención se trasladó a Rusia, editando *In Search of Flexibility: The New Soviet Labour Market* (1991) para la OIT, pasando después a la Sudáfrica posterior al *apartheid* con *Restructuring the Labour Market: The South African Challenge* (1996).

Durante los últimos quince años Standing ha producido tres obras más generales: *Global Labour Flexibility* (1999), *Beyond the New Paternalism* (2002) y *Work after Globalization* (2009), todas ellas abordando temas similares y centradas en la transición desde la «regulación estatutaria» de la posguerra a la «regulación del mercado» posterior a 1975, desde una perspectiva crítica polanyiana y con datos extraídos principalmente del mundo capitalista avanzado. Standing definía siete formas de seguridad del trabajo que estaban siendo debilitadas en la nueva era: adecuadas oportunidades, protección contra el despido, barreras a la dilución de cualificaciones, regulaciones sobre sanidad y seguridad, formación, ingresos estables y representación. Al mismo tiempo identificaba seis componentes de la «renta social» –producción directa, salarios, apoyo de la comunidad, beneficios de la empresa, provisiones del Estado e ingresos privados/rentistas–, cada uno de los cuales estaba cambiando de manera distinta para diferentes grupos. La globalización, sostenía, estaba creando un nuevo panorama de clase con siete estratos sociales claramente delimitados. En 2002, *Beyond the New Paternalism* identificaba a los «flexitrabajadores» como un grupo decisivo; siete años más tarde, *Work after Globalization* reemplazaba el término «flexitrabajadores» por el de «precariado», que para entonces ya tenía una circulación relativamente amplia. Standing defendía como remedio, como ha hecho desde mediados de la década de 1980, una nueva «política del paraíso» financiada por una renta básica universal garantizada.

Su último trabajo, *The Precariat*, pretende en parte repasar estos temas para el que Standing llama «el lector lego». Pero también introduce una nueva afirmación: actualmente se está desarrollando una nueva clase, un «precariado global». Standing sostiene de nuevo que las dinámicas de la globalización, junto a las iniciativas concertadas de los gobiernos en pro de la flexibilidad laboral –un eufemismo que aborrece– han conducido a una fragmentación de las anteriores divisiones de clase. Sitúa al «precariado» en la parte baja de lo que ahora es un sistema de siete clases. Por encima de él están la elite («un minúsculo número de ciudadanos globales absurdamente ricos que dominan el universo con sus miles de millones de dólares, capaces de influir sobre los gobiernos de todas partes»); el «salarinado», bien afianzado en grandes empresas y administraciones gubernamentales, todavía disfrutando de un empleo estable a tiempo completo, pensiones y vacaciones pagadas; los «proficians», un segmento menor de profesionales cualificados, asesores y especialistas, bien remunerados que trabajan por su cuenta; y, por último, lo que queda de la vieja clase obrera sobre la que Standing es especialmente mordaz. Por debajo del «precariado» están los desempleados y la clase más baja de todas, los «inadaptados socialmente enfermos que viven de las sobras de la sociedad».

El «precariado» según la definición de Standing está formado por todos aquellos que tienen formas inseguras de trabajo que es poco probable que les ayuden a construir una identidad o carrera deseable: trabajadores temporales y a tiempo parcial, mano de obra subcontratada, empleados de centros de atención telefónica, muchos trabajadores en prácticas. Se podría pensar que se trata de proletarios clásicos, gentes despojadas de los medios de subsistencia que para sobrevivir no tienen otra opción que vender su fuerza de trabajo. Sin embargo, Standing es rotundo: «El precariado no es parte de la «clase trabajadora» o del «proletariado»». Ofrece una definición peculiarmente restrictiva de este último que lo limita a «trabajadores con empleos estables de larga duración, jornadas laborales y vías de promoción establecidas, sujetos a sindicalización y a convenios colectivos, con categorías profesionales que sus padres y madres hubieran entendido y que se enfrentan a empleadores locales cuyos nombres y características les son familiares». Aunque reconoce que en las encuestas que se realizan en Gran Bretaña, por ejemplo, cerca de dos tercios de la población entre 25 y 34 años se define como «clase trabajadora», en parte precisamente porque tienen empleos precarios, Standing desestima esta identidad considerándola una confusión. Parece que los términos acuñados en el pasado no sirven para expresar su situación. En cambio, el «precariado» se describe en términos de lo que le falta. Standing enumera de nuevo siete formas de seguridad laboral de las que el «precariado» está excluido. De los seis componentes que contribuyen a la «renta social», el «precariado» debe depender mayoritariamente tan solo de los salarios. Careciendo de cualquier identidad basada en el trabajo, o del sentimiento de pertenencia a una comunidad laboral solidaria, su psicología está expuesta a ser determinada por las «cuatro Aes»: ansiedad, ira (*anger*), anomia y alienación.

Demográficamente, los miembros de esta clase en desarrollo son notablemente heterogéneos. El «precariado» es desproporcionadamente femenino, señala Standing, aunque no esté claro si la creciente entrada de la mujer en el trabajo inseguro es «una causa o un efecto»; los hombres es más probable que experimenten la «precarización» como una pérdida de estatus. El núcleo del «precariado» está formado por la juventud, que a menudo se ve obligada a aceptar empleos sin futuro para afrontar sus deudas, aunque con los recortes de las pensiones los mayores también están incorporándose a sus filas. Los migrantes no solo comprenden una «gran parte del precariado mundial» sino que, como «habitantes» más que ciudadanos, están «en peligro de convertirse en sus principales víctimas». Al definir el «trabajo» en general como una amplia categoría de actividad humana que incluye la reproducción social, y el trabajo en concreto como una actividad realizada por un salario, Standing describe las largas horas de «trabajo para buscar trabajo» que suponen hacer solicitudes para empleos precarios –desplazamientos, colas, rellenar formularios, responder a cuestionarios, obtener

certificados– y «los procedimientos cada vez más complejos para ganar y retener el derecho a unas modestas ayudas» que consumen grandes cantidades de tiempo de los solicitantes y que están llenas de tensiones.

Los capítulos finales analizan las tendencias políticas de esta «nueva clase». Standing identifica un «mal precariado» que, enojado y amargado al ver cómo los gobiernos rescatan a los banqueros a su costa, y corroído por la nostalgia de una era dorada socialdemócrata, se ve arrastrado hacia el «populismo neofascista». Por el contrario, el «buen precariado» es joven, no tiene que aguantar el peso de recuerdos de pleno empleo y se dice que es favorable a un programa político notablemente similar al de Standing: una «política del paraíso» basada en una renta básica universal, educación permanente, derechos de residencia para los migrantes, cooperativas y la revalorización del trabajo, como pasos hacia «un acceso más equitativo» a cinco activos clave: seguridad económica, tiempo, espacio, conocimiento y capital financiero. Las estrategias que aplican los gobiernos a esta incipiente «clase peligrosa» incluyen la vigilancia, las prestaciones sociales condicionadas y la demonización de migrantes y desempleados, unas políticas que, en opinión de Standing, lo más probable es que profundicen las inseguridades de los precarios haciendo que se vuelvan receptivos a los llamamientos de la extrema derecha. El centroizquierda debe abandonar los intereses del «trabajo» y un agonizante modo de vida que ha estado sosteniendo demasiado tiempo: «La nueva clase es el precariado y a no ser que los progresistas del mundo ofrezcan una política del paraíso, esta clase estará muy dispuesta a escuchar los cantos de sirena que llevan a la sociedad hacia los arrecifes».

Muchas de estas ideas han sido características recurrentes del trabajo de Standing; ahora se presentan en un nuevo envase y en una forma más ampulosa, como el subtítulo sobre una nueva «clase peligrosa» puede indicar. Los lectores que esperen un novedoso análisis bien sustentado se verán decepcionados: los hechos y las cifras son pocos y desperdigados y consisten principalmente en ejemplos extraídos de los medios de comunicación anglófonos –*The New York Times*, *The Guardian*, *The Economist*– en vez de la gran base de datos de la OIT. En estilo y método, *The Precariat* parece un artículo de opinión con la extensión de un libro. A pesar de la afirmación de que el «precariado» es una clase global, el centro de atención se mantiene firmemente sobre las economías avanzadas: la mayoría de los ejemplos de Standing proceden de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón y Corea del Sur. De vez en cuando hay una breve excursión a tierras lejanas, especialmente a China, pero rápidamente volvemos a los centros capitalistas donde la población se había acostumbrado durante el periodo de la posguerra a la idea de que la vida y el trabajo seguirían mejorando, pero que en las últimas décadas, y especialmente tras la crisis financiera de 2008, han visto cómo sufrían un acusado deterioro.

¿De dónde viene el término «precariado»? Sus orígenes etimológicos se encuentran en el latín *precari*: pedir, rezar, rogar; por ello, inseguridad, dependencia del favor de otro, inestabilidad, exposición al peligro; con una incierta permanencia. La precaria situación del trabajo se reconoció en el siglo XIX como un estado que define la proletarización en el sentido clásico: despojados de los medios de subsistencia ligados a la tierra, los trabajadores solamente podían sobrevivir vendiendo su fuerza de trabajo; la precariedad de sus medios de subsistencia aparece en el *Manifiesto Comunista*. En la tradición católica, mientras tanto, *precarità* también se refería a un orden basado en las donaciones. En la década de 1990, en Francia, *précarité* describía la situación de aquellos que vivían al día, en medio de un elevado desempleo juvenil y trabajos basura; el sentido de peligro se intensificó en las protestas masivas de 1995. En Italia, el inevitable neologismo *il precariato* –combinando «precario» con «proletario»– había sido acuñado no mucho después de las protestas de Génova contra el G8 en 2001. Fue enarbolado como un eslogan por militantes *postoperaisti* en Milán que organizaron a trabajadores eventuales en un Primero de Mayo alternativo en 2004. Pero como uno de ellos decía en una reciente entrevista en YouTube: «¿El precariado es un sujeto social, un estrato social, una clase, una categoría, una cohorte, un concepto generacional? ¡A quién le importa!»

Una valoración de *The Precariat*, entonces, debe centrarse en su única afirmación novedosa: el «precariado» es una nueva clase global. Sin embargo, la idea de que los que tienen contratos temporales y a tiempo parcial vayan a formar una única clase –con intereses radicalmente diferentes de los trabajadores a tiempo completo o sindicados– es patentemente tan insostenible que a veces el propio Standing no parece tomarla en serio. En un momento dado señala que el «precariado» se presenta en muchas variedades diferentes; en otro, que esta «clase en formación» podría llegar a incluir a «todo el mundo». Su razón para distanciarse de la habitual terminología de clase, o para emplearla con nuevas y excéntricas definiciones propias, se encuentra en su hostilidad a lo que llama el «laborismo ortodoxo», con el que se refiere no a un sindicalismo reformista, el referente habitual, sino a un «modelo fordista» de «trabajos estables con seguridad del empleo a largo plazo»; condiciones de trabajo de una era pasada que apenas requiere su desdén.

De hecho, los fenómenos que describe Standing constituyen lo que se entiende por regímenes laborales o maneras de organizar la economía, pero no formaciones de clase. La sociedad capitalista siempre se ha caracterizado por un amplio repertorio de diferentes modalidades de empleo. Centrándose casi por completo en el periodo posterior a 1945, el relato de Standing carece de la profundidad histórica que se encuentra en las investigaciones sobre la precariedad global del trabajo de Marcel van der Linden, por ejemplo, que muestran lo limitadas en el espacio y en el tiempo que han sido incluso las

conquistas parciales de mediados del siglo XX. Lo que llegó a llamarse el «contrato de empleo estándar» fue el resultado de un cambio del equilibrio entre el capital y el trabajo que surgió en el hemisferio occidental durante el periodo de la Guerra Fría. En esencia suponía la dócil subordinación de los trabajadores al capital a cambio de un trabajo regular y unos adecuados medios de vida para ellos y sus dependientes. La idea de que los trabajadores manuales incluso en los países capitalistas más ricos disfrutaron de una vida de adecuada seguridad demuestra una lamentable ignorancia de la situación real de la clase trabajadora. Se puede discutir si la socialdemocracia consiguió amansar al capitalismo o a la inversa; pero nadie dudaría de que la formalización de los términos y condiciones de empleo, junto con los otros procesos de democratización económica, social y política que vieron el establecimiento del Estado del bienestar y sus equivalentes, constituyeron un cambio momentáneo a favor de los trabajadores en las zonas capitalistas avanzadas; ni que el impulso concertado hacia la «flexibilidad» laboral haya empeorado las condiciones de empleo y de seguridad social para cada vez más gente. La «precariedad» resume la posición en la que se encuentran.

La afición de Standing por las listas –siete formas de esto, ocho tipos de aquello– tiene la desventaja de escatimar la prioridad causal o incluso cronológica. Pero los factores que enumera para la expansión del trabajo precario en Occidente son suficientemente conocidos: presión competitiva de países recién industrializados; victorias políticas de responsables políticos neoliberales que piden flexibilidad laboral y recortes del «derrochador» gasto público; expansión de los servicios a corto plazo y del sector «terciario», tradicionalmente no sindicados, y la multiplicación por tres de la oferta global de trabajo, con la entrada de China, India y de los anteriores miembros del Comecon en el mercado mundial. En este contexto, el avance hacia la informalidad/precariedad en las economías avanzadas puede verse como una estrategia directa para abaratar el precio del trabajo. Lo que Standing descuida con este relato general es cualquier análisis detallado de las particulares economías nacionales, cada una de ellas con su propia historia industrial y de empleo, cuya comparación podría aumentar verdaderamente nuestro entendimiento de la precarización. Incluso dentro de las economías avanzadas, la relocalización de la actividad manufacturera ha adoptado formas distintas y ha seguido diferentes ritmos en Estado Unidos, Alemania y Japón; la expansión del sector terciario tiene contornos específicos en Gran Bretaña y Francia; la presión hacia la «flexibilidad» en la Europa continental llegó por lo menos una década después de su introducción por Thatcher y Reagan.

Tampoco se puede generalizar y trasladar al resto del mundo una explicación del «precarizado» basada en ejemplos aleatorios de América del Norte, Europa Occidental y Japón. Esta miopía produce una gran distorsión en el

análisis de Standing: aunque afirma haber identificado a una nueva clase «global», en la práctica su análisis se limita a los enclaves históricos de la prosperidad capitalista e ignora a la parte mucho mayor de la fuerza de trabajo mundial que está atrapada en condiciones de precariedad mucho más extremas. Si no experimentan una movilidad descendente es porque no pueden hundirse más de lo ya que están. En principio, a Standing le gustaría considerar a estas sometidas masas como parte del «precariado», pero no consigue explicar por qué quedan fuera del alcance de su programa de remedios. Standing se muestra tímido en poner su relato en cifras pero no cabe la menor duda de dónde se encuentran los mayores paisajes de la precariedad. De acuerdo con el *Informe sobre Empleo Global* de la OIT de 2013 sobre «empleo vulnerable», solamente el 3 por 100 –alrededor del 47 millones de un total mundial de 1.539– se encuentran en los países desarrollados, incluyendo a Estados Unidos y la Unión Europea, comparados con los 247 millones en el África subsahariana, los 405 en el este de Asia y los 490 en el sur de Asia.

Standing calcula que el «precariado» constituye una cuarta parte de la población adulta, pero esto una vez más muestra su falta de perspectiva. En India, más del 90 por 100 de los 500 millones de trabajadores deben buscarse su sustento en la economía informal. Aquí, como en gran parte del Sur global, la fuerza de trabajo se obtiene no solo de hombres y mujeres sino también de niños y mayores, ya que para sobrevivir se requiere la contribución intermitente de todos los miembros del hogar. Este es un enorme ejército de reserva sujeto tanto al sobreempleo como al subempleo. Realmente, los mismo términos «trabajo», «trabajador» y «fuerza de trabajo» tienen diferentes significados en estos vastos sectores informales. Tampoco estas enormes poblaciones precarias carecen de estratificación: la informalidad es un fenómeno multiclase, estructurado por múltiples niveles de explotación. Sin duda todas se ven sometidas al capital, pero ese sometimiento se produce de varias formas. Estos estratos también se diferencian en su adaptación y resistencia, unos segmentos tienen más éxito que otros. Cómo definir a su clase es algo discutible, pero es innegable que estamos tratando con una fuerza de trabajo que no es homogénea.

No es necesario decir que el desarrollo histórico del trabajo precario siguió modelos muy diferentes en el Sur global. En los países capitalistas avanzados, no por casualidad también las principales potencias imperialistas, la formalización del empleo señaló un lento cambio del equilibrio entre el capital y el trabajo desde finales del siglo XIX en adelante, que abrió la posibilidad de una mejora en las condiciones de trabajo y de vida del proletariado. Al mismo tiempo, sin embargo, condujo a unas formas de explotación y opresión incluso más intensas en las zonas periféricas de la economía mundial. En el momento histórico en que el capitalismo poscolonial

empezó a hacer verdaderos avances en Asia, África y América Latina, el trabajo ya no era una mercancía escasa por la que los empleadores tuvieran que negociar, como sucedió un siglo antes en Occidente en la primera etapa de la industrialización y la urbanización. Por lo general, en los países subdesarrollados por el colonialismo solamente un contingente menor de las clases trabajadoras se iba a beneficiar de la industrialización. Su huida de la pobreza y de la dependencia resultaría ser breve. Allí donde finalmente se introdujeron leyes laborales, su aplicación fue escandalosa: los aparatos del gobierno encargados de la tarea de hacerlas cumplir utilizaron su mandato para captar emolumentos que deberían haber ido a la «protegida» fuerza de trabajo. Las supuestas ganancias de la formalidad desaparecieron en los bolsillos de funcionarios y políticos dedicados a la búsqueda de ingresos, dejando claro que la «informalidad» es una característica no solo del empleo sino también del gobierno y de la política: un conjunto de relaciones que se extiende por toda la sociedad. Para las masas con poca o ninguna tierra que se volvieron superfluas en el interior rural y que llegaron a las ciudades a la búsqueda de mejores perspectivas, el trabajo informal mal remunerado se volvió un estado permanente. El «descubrimiento» de este sector fue obra de los que estaban haciendo un trabajo de campo antropológico en escenarios urbanos del Sur global a principios de la década de 1970. Veinte años después los estrategas políticos internacionales proclamaban que el empleo inseguro y sin protección era el remedio a los problemas del crecimiento económico. En 1995, el informe anual del Banco Mundial detallaba cómo y por qué fomentar el trabajo desregulado se ajustaba a las necesidades de las empresas además de ser lo mejor para los intereses de los propios trabajadores. La ruta de la flexibilización que se apoyaba se suponía que iba a ser un incentivo para generar más y mejores empleos, pero el resultado ha sido el aumento del desempleo y mayores beneficios para el capital.

En resumen, no hay un único régimen de trabajo informal/precario sino una variedad de ellos, no todos igual de despiadados. La lección política que hay que sacar de esto es no clasificar a las diversas fracciones de la fuerza de trabajo en una secuencia de mayor a menor vulnerabilidad, como haría Standing, sino por el contrario desarrollar estrategias que subrayen sus elementos comunes; formar alianzas entre el sector organizado y el informal, no enfrentarlos ente sí. En el congestionado mercado de trabajo mundial, caracterizado por una escasez de trabajo remunerado, existe un enorme peligro de que, en vez de unirse, los ejércitos de reserva cedan a la tentación de considerar a los otros como rivales y luchen por cada oportunidad de empleo que se presente. Al no movilizarse a partir de la identidad ocupacional, no ven otra alternativa que apoyarse en lealtades primarias de etnicidad, casta, raza y credo. Un trágico ejemplo de esta situación se pudo ver en India cuando las fábricas textiles de Ahmedabad cerraron y forzaron

la salida de 150.000 trabajadores desde el sector formal de la economía al informal. El enorme impacto de esta caída desembocó en un pogromo en el que la minoría musulmana, con la complicidad del Estado y de los grupos nacionalistas hindúes, fue cazada y masacrada en las calles. Aquellos que consiguieron escapar fueron obligados a desalojar los barrios mixtos y a buscar refugio en un gueto. El capital nunca paga el precio cuando la informalización del empleo rompe el tejido de la sociedad, aunque sea el principal responsable de ello. Se puede establecer una fuerte correlación entre el fundamentalismo del mercado y el fundamentalismo religioso. ¿Mano de obra peligrosa o en peligro? Y si es una amenaza, ¿para quién? Standing minimiza el grado en que la cruzada por la «flexibilidad» ha pretendido no solamente abaratar el precio del trabajo, sino también debilitar drásticamente su capacidad para la acción colectiva. Consolidar distinciones artificiales entre diferentes fracciones de la clase trabajadora no es el camino para superar esto.